

El Dragón de Diego

Primer Libro: Espíritus del Sol

Kevin Gerard

Capítulo Uno

Diego supo que el dragón estaba vivo en el instante en que lo tocó. Aunque sólo era una estatua y solamente medía unos treinta y cinco centímetros de altura, Diego sintió un pulsante latido de corazón cuando el autor se lo entregó. Cuando la aceptó, la sangre fogosa que corría en la escultura casi le quemó la mano.

De manera extraña, el hombre que se la dio no parecía verse afectado por la vida que surgía de la estatua. Él era bastante agradable, después de todo había venido a su escuela, se había quedado ahí todo el día y le había regalado un dragón de muy buena onda. Diego se daba cuenta de que el hombre amaba la estatua; le acariciaba las escalas al decírselo a los alumnos más de una vez, durante sus charlas. Si él hubiera sentido lo que Diego sintió al tocarlo por primera vez, nunca lo habría dado.

El autor le dio la mano a Diego, felicitándolo frente a todos en la biblioteca. Esto lo asustó un poco, pues en el fondo Diego era un muchacho tímido. A pesar de eso, respiró profundo, lo miró a los ojos y le agradeció con una sonrisa. Luego se estiró hacia adelante tomando la estatua por su base. Un segundo más tarde sintió la energía que surgía de las patas del dragón. Miró al autor una vez más y vio que el hombre le guiñaba el ojo una vez, antes de darse la vuelta e irse hacia el escritorio a hablar con la bibliotecaria de la escuela y el asistente técnico. Diego se encontró a sí mismo rodeado por una multitud de estudiantes interesados.

-Diego, ¿puedo tenerlo un poco?

-Oye, ¡déjame verlo!

-¡Es fantástico! ¿Cómo lo vas a llamar?

Diego puso al apuesto dragón sobre la mesa en el centro de la biblioteca. Dos docenas de manos se le acercaron para tocarle las escalas perfectamente delineadas, los dientes filosos y las alas de abanico. Él le permitió a los compañeros que tocaran su nuevo premio pero aún así se quedó cerca. Sentía una extraña atracción por el dragón.

Los ojos parecían seguirlo a todos lados. Aunque ninguno de los otros estudiantes mencionó la mirada del dragón, Diego observó que los asombrosos ojos negros le devolvían la mirada con más y más interés. Él se alejó y se acercó al grupo de

estudiantes que rodeaban la mesa, solo para ver si los minúsculos ojos lo seguían. Mientras acechaba su presa, él lo observaba, para ver si su dragón le guiñaba el ojo.

Mientras iba corriendo chocó con Raquel Carrillo, la chica más bonita de toda la escuela.

-Oh, disc-culpa, -dijo-, enredándose con las palabras.

Los delicados ojos color castaño de Raquel lo envolvieron completamente. Diego perdió la capacidad de pensar. La miró, tratando lo mejor posible de no parecer tonto.

-No importa, Diego, -le dijo ella mirándolo de manera juguetona. Su sonrisa casi le produce un desmayo. -Es un dragón muy bello. ¿Has decidido cuál será su nombre?

Él se recuperó rápidamente, parado firmemente frente a ella. -No, tendrá que ser un nombre muy especial, así que voy a esperar un poco y veré lo que se me ocurre.

-¿Qué te parece Magnífico?-

Él la miró a los ojos sin decir nada.

-Está bien, Diego, -dijo ella. -Sólo hazme el favor y dime su nombre cuando ya lo tengas.

-Lo haré, te lo prometo.

Ella lo saludó con la mano y le sonrió. Diego sintió nuevamente que sus rodillas se convertían en gelatina. Quería que ella se diera vuelta y mirara hacia atrás. La miraba con

tanta concentración que apenas escuchó a la señora Coble cuando lo llamaba.

-¡Diego! le gritó por cuarta vez. -Ven acá con tu dragón. Tenemos que sacar unas fotos ¿no estás contento? Saldrás en el periódico.

Diego se alejó entre la multitud de estudiantes, envolvió al dragón con su mano y dejó a un grupo de admiradores entristecidos al hacerlo. Algunos de ellos se fueron de la biblioteca, otros lo siguieron hacia el escritorio.

-Ahora queremos tomarte unas fotos a ti solo con el dragón, -dijo la señora Coble, -y luego, por supuesto, algunas fotos con el Sr. Sullivan.

Los alumnos comenzaron a burlarse de Diego por su repentina fama. Él lo aceptó bien, pero ahora que Raquel se había ido, sólo quería irse a su casa. No podía dejar de pensar en ella.

-Sonríe, Diego, -le dijo la Sra. Coble, alarmándolo.

-Levanta tu dragón. Bien, ahora nuevamente sonríele a la cámara.

La sesión de fotos pareció durar un mes; primero él sólo, luego con algunos amigos, con la Sra. Coble, con el Sr. Sullivan y la Sra. Coble, y finalmente unas pocas con otros alumnos. Diego comenzó a sentirse aburrido hasta que se paró cerca del Sr. Sullivan para que les tomaran unas fotos.

A diferencia de la vez anterior, cuando le dio la estatua, esta vez Diego escuchó sonidos inquietantes que provenían de su dragón o de Sullivan; no podía diferenciar de quién. Escuchó muchos dragones gritando cerca, algunos felices, otros aterrados, otros quejándose con angustia. Los rugidos eran muy bajos para que solo Diego y Sullivan los pudieran oír. Cuando terminó la sesión de fotos, Diego miró al hombre en la cara. Podría jurar que vio llamas chispeando dentro de sus ojos. Se quedó mirándolo, perplejo, mientras Sullivan le sonreía.

Finalmente la Sra. Coble le permitió irse.

Tomando su mochila, corrió a través del edificio y hacia afuera, al patio. Moviéndose desde la luz del sol a la oscuridad y luego nuevamente a la claridad, Diego empujó el portón que llevaba a la calle. Vio a la multitud de estudiantes que esperaban ser recogidos por sus padres. Luego miró dentro de las ventanillas de todos los autos que esperaban en fila.

No la vio a Raquel en ningún lado; se quedó parado en la acera con el dragón en una mano y su mochila en la otra. Volvió a mirar una vez más y después retrocedió hacia el portón. Apoyando su cuerpo contra las barras cálidas, bajó la mirada hacia su nuevo amigo.

-Si puedes hacer que ella me hable nuevamente, te tendré para siempre.

El dragón miraba derecho hacia el cielo, y realmente parecía una pieza de yeso moldeado. Sus ojos ya no buscaban la mirada de Diego y el muchacho no sentía que emanara ningún calor. Tal vez era simplemente una estatua. En el entusiasmo del momento, Diego debe haber creído algo basado en sus propios sueños y deseos.

Vio cuando la camioneta de su padre doblaba hacia el camino de acceso de la escuela. Diego lo saludó cuando iba caminando hacia la vieja pick-up Ford F-150. Abriendo su mochila mientras caminaba, puso con cuidado la estatua en el compartimiento más grande, cerca de sus libros. Comenzó a cerrarlo cuando sintió que el cierre resistía contra su mano. Su mochila se sacudía, estremeciéndose como si adentro hubiera un gato tratando de escapar. Trató de colgársela en la espalda, pero no podía maniobrar debido a las extrañas vibraciones. Al acercarse a la camioneta de su padre, él volvió a abrir el cierre del compartimiento principal cuando, en el mismo momento, la sacudida paró y el dragón permaneció sentado, completamente quieto dentro del bolsillo.

-¿Mijo, qué pasa?- Preguntó su padre.

Diego levantó la estatua de su mochila y se echó la bolsa floja sobre el hombro. Abrió la puerta chirriante de la camioneta de su padre y subió cuidadosamente adentro.

-¿Qué tienes ahí, mijo? -preguntó su padre.

-Me lo gané hoy en la escuela, papá. Es la estatua de un dragón. ¿No te parece feroz?

-Sí, muy feroz-, le contestó. -Es también muy apuesto y muy guapo este amigo.

-Todos mis compañeros lo querían. ¡Hoy vino un escritor a la escuela y le dio el premio al mejor ensayo de todo el distrito escolar! Yo me lo gané ¿Puedes creerlo?

Mientras entraba a la calle, el padre de Diego le revolvió el cabello pues se sentía muy orgulloso de él.

-¿Realmente? ¡Eso es fantástico, mijo! Nunca terminas de sorprendernos a tu madre y a mí. Primero ganas la competencia de matemáticas de la escuela, después te ponen en la lista de honor, traes a la casa notas buenísimas todos los años... ¿y ahora esto? ¿Piensas que tal vez deberíamos hacer una fiesta, eh, una fiesta para celebrar la buena fortuna de Dieguito?

-Papá, ya no soy más un niño pequeño. Estoy en sexto grado. ¿Cuántas veces te lo tengo que decir?

-Lo siento, mijo- dijo su padre. -Tú eres mi hijo menor, mi niño pequeño. Ni siquiera quiero que crezcas.

-¿Cómo es eso, papá?

-Porque, te das cuenta, tú eres mi pequeño Diego. ¡Tú eres mi hijo, pero siempre serás mi Dieguito! Y nuevamente le revolvió el cabello.

Diego sonrió. El viejo Ford se desplazó ruidosamente hacia su barrio. Miró al hombre que manejaba la camioneta y sintió que tenía mucha suerte, pues quería mucho a su papá.

Capítulo Dos

El día había comenzado de manera inocente. Hubo un anuncio indicando que Diego había ganado el concurso de composición escrita patrocinado por la escuela, que había durado todo el mes.

-¡Presten atención, por favor! El ganador de la estatua del dragón presentada por el autor es Diego Ramírez.

Él había escrito un apasionante artículo sobre los campeonatos de la Copa Mundial de Fútbol y de cómo la misma infundía orgullo en las poblaciones de los países de todo el mundo. Compartió al final de su ensayo una historia personal acerca del cariño que su familia sentía por el equipo nacional de México, y de cómo él esperaba algún día poder llegar a conocer a los jugadores. El director de Diego mandó su historia al periódico local, con el pedido personal de que publiquen el artículo el mismo día en que se anunciara el ganador.

Hacían semanas que estaban circulando los rumores acerca de qué alumno escribiría el mejor ensayo. Cada vez que un nuevo grupo entraba a la biblioteca, los alumnos pasaban cerca de la estatuilla oscura, en tinieblas. Cuando los estudiantes miraban al premio se oían murmullos de elogio -¡Qué increíble!

-¡Qué garras impresionantes!

-¡Ojalá lo gane yo!

El dragón media alrededor de treinta y cinco centímetros de altura. Las escalas se delineaban muy estrechamente alrededor del cuerpo de la bestia. Las alas se ensanchaban hasta su máxima extensión, creando la impresión de que el dragón saldría volando en cualquier momento. La columna de púas alineadas detrás de su cabeza revelaba una línea imponente de armas. La boca abierta del dragón llena de dientes gigantes y puntiagudos, parecía estar llamando a un maestro desconocido. Tenía una pose atractiva, sujetándose del pedestal con garras poderosas.

Diego recordó que Nathan Sullivan, el autor, les contó la historia de cómo fue que trajo la estatua a las oficinas del distrito escolar como incentivo para que los estudiantes entraran en el concurso. Él explicó que había estado sobre su escritorio durante todo el tiempo mientras escribía su última serie de fantasía. Él lo consideraba como una especie de musa, pues cada vez que se sentía atascado siempre miraba a la mirada vítrea del dragón y recibía inspiración.

Le dijo a los niños que el director de servicios de bibliotecas le había dado la idea de traer a la estatua consigo cuando visitara las escuelas. Diego recordaba cuando el Sr. Sullivan hablaba de que estaba leyendo su correo electrónico y en un momento miró al apuesto dragón. Sentado tranquilamente sobre su escritorio, la fiera oscura parecía temblar de emoción frente al proyecto de ir a encontrarse con los estudiantes.

Les dijo que lo había dejado en manos de su dragón. -
¿Realmente quieres ir? -le preguntó. -Después de todos estos
años, ¿quieres realmente dejarme?

Él dijo que el dragón lo miró con una mirada fija. Las
alas, aunque estaban inmóviles en su cuerpo, parecían estar
listas para cobrar vida si él así lo demandara. Al mirar a su
viejo amigo, Sullivan sintió algo extraordinario. Parecía vivo,
casi vibraba con anticipación. Parecía estar listo para volar a
las escuelas por su cuenta si él decidiera no llevarlo consigo.

-Muy bien, -dijo entonces, mostrándoles a los alumnos como
le acariciaba la nariz con púas. -Te voy a extrañar, pero
veremos si algún escritor o escritora joven puede encontrar
inspiración contigo en su escritorio.

Nos dijo que en ese momento paró la vibración. Las alas del
dragón se relajaron. Lo miró a él, y el autor les dijo que en su
cara rígida vio aparecer una sonrisa juguetona.

[comprar libro uno!](#)